

POR TERRITORIOS LARGAMENTE VEDADOS DIÁLOGOS CON RIMA DE VALLBONA

JUANA ALCIRA ARANCIBIA¹

El día es hermoso, es un día primaveral en esta tierra donde las estaciones apenas se saludan. Los durazneros en flor parecen anunciar un hecho importante, y claro que lo es. Es una entrevista a la prestigiosa escritora costarricense, Rima de Vallbona. Este encuentro nos retrotrae a los momentos felices de nuestra vida literaria. Para nosotras, siempre ocupadas, hoy es un verdadero descanso al poder compartir a través del diálogo lo más preciado de una escritora como son sus experiencias escriturales.

La conozco desde 1982 en ocasión de la realización del II Simposio Internacional de Literatura: *Evaluación de la Literatura Femenina del siglo XX*, organizado por el Instituto Literario y Cultural Hispánico de California. Vamos a tratar de revivir los tiempos pasados tan importantes para nosotras, especialmente porque hemos dedicado nuestras vidas a la escritura.

Juana Arancibia: En tu novela *Mundo, demonio y mujer* confluyen muchas circunstancias de tu vida personal pero siempre forjadas con rigor ficcional aun cuando en tu función literaria actualizas referencias autobiográficas. ¿Crees entonces que un novelista logra mayor especificidad humana en la creación de un personaje cuando se aboca a profundizar en su propia subjetividad?

¹ ANLE. Poeta y ensayista argentina, fundadora del Instituto Literario y Cultural Hispánico (ILCH) y de la revista *Alba de América*, que dirige desde 1982. Desarrolló su carrera docente en universidades estadounidenses y organizó varios simposios y congresos internacionales de literatura.

Rima de Vallbona: No necesariamente. En mi caso, sí resulta ventajoso profundizar en mi subjetividad y en el entorno de mi vida y de mis relaciones. Si no recurro a mis vivencias y experiencias, así como a las de quienes trato a diario, siento que falseo la narración y que los personajes son acartonados. Todo depende de cada escritor. Yo imagino que los que escriben esas enmarañadas telenovelas con maquiavélicos villanos, y peliagudos argumentos, las elaboran objetiva y calculadamente para mantener el suspenso en el público televidente que padece las torturas físicas, psicológicas y espirituales de los protagonistas víctimas de tanta maldad y manipulación. Dudo que esos escritores estén volcando en esos villanos sus propias experiencias. En mis novelas trato de seguir un poco el principio de Azorín, de que la vida no es una continua acción, buena o mala, de modo que elaboro mis novelas a base de escenas narrativas que vayan definiendo a los personajes a través de la interpretación de los lectores.

JA: ¿Hasta qué punto te ha influenciado este “pathos unamuniano” que algunos críticos advierten en *Mundo* y que ya se había presentado en la agonía desesperante que abrumba a Pedro Almirante, el enigmático protagonista de *Las sombras que perseguimos*?

RV: Esta es una pregunta que requiere una complicada respuesta: ante todo, debo aclarar que mi adhesión al existencialismo, no es al del ateo Sartre, sino al del cristiano Jacques Maritain, o si quieres, tal vez, al torturado Kierkegaard. Para mí no se trataba de seguir una moda filosófica, sino de darle sentido a mi vida: ocurrió que en el crítico momento de la pubertad y recién muerto mi padre, habiendo vivido en un hogar donde la religión brillaba por su ausencia, sin asidero en nada, comencé angustiosamente a buscar a Dios, a Jesucristo, o a aquello que diera sentido a mi vida. Azuzaban más esa búsqueda, las extrañas y angustiosas experiencias de verme de pronto suspendida fuera de la realidad en un aterrante vacío negro que entonces no tenía nombre para mí, pero que en Unamuno y en Sartre lo descubrí y lo identifiqué como lo que yo había venido experimentando: la experiencia de la nada. Solo aquellos que han pasado por esa experiencia podrán comprender mi agonía a tan temprana edad. A esa angustiosa vivencia hay que agregar que en mi anhelo por aferrarme desesperadamente a la religión para escapar de la nada, hallé un poderoso escollo: mi hermano menor, al entrar también en esa crítica edad, se declaró ateo y se dedicó a leer todo cuanto podía sustentar su rechazo a una deidad bíblica. Así se hicieron inevitables nuestras dis-

cusiones para las que yo me veía forzada a leer todo cuanto justificara la presencia del Dios creador, omnipotente y omnipresente. Todavía poco antes de morir, mi hermano me preguntó en una de sus cartas, si todavía yo seguía creyendo “en esas estupideces”.

JA: Tu acercamiento a Unamuno, ¿cómo comenzó?

RV: Fue en Salamanca, donde todavía flotaban en el aire aquel: “¡Qué descansada vida / La del que huye del mundanal ruido...!”, del intelectual asceta Fray Luis de León y la voz de Unamuno dictando cátedra en la Universidad, donde devoré todos los libros de él. Los leí al comprobar su lucha por salvarse de la nada que a mí también me estaba asfixiando. En especial me vi proyectada en su novelita *San Manuel Bueno, mártir*, en la que replantea el tema de la fe del carbonero, que es la del que cree por hábito y tradición, sin cuestionar nada; se trata de una fe que no conoce el martirio de buscarla poniendo la carne en el asador. En esa Salamanca viví a mis 20 años el más intenso acercamiento al goce místico y apaciguamiento de mi agonía existencial. Contribuyó a esto, el hecho de que yo vivía en uno de esos vetustos conventos de la España mística, por lo que todos los días, a las cinco de la mañana, bajaba a misa a comulgar. En las tardes me iba al puente a contemplar el mítico río Tormes; otras veces pasaba largas horas leyendo, sentada en un banco cerca de la estatua de Fray Luis de León; o me iba a caminar por la carretera a Zamora, unas veces acompañada por mi amiga salmantina, Pilar, la que llevaba en la cintura un cilicio que se le clavaba en las carnes y la hacía sangrar; entonces yo pensaba que esos extremos fanáticos no eran para mí y que por lo mismo tampoco había nacido para la vida religiosa, por lo que no tendría más remedio que realizarme espiritualmente por mi propia cuenta, en un callado y tímido diálogo con el Hacedor... Todavía hoy en día añoro esos meses de quietud espiritual, sin la agonía de enfrentarme a la nada...

JA: ¿Qué puedes decirme del despliegue académico que reinaba en la atmósfera de Salamanca, de tan insigne pasado?

RV: Ese que llamas “despliegue académico” que mencionas, solo lo vi el día en que se inauguraron los cursos. En realidad, Salamanca para mí representó algo que caló muy profundo en mi ser, lo cual no tiene nada que ver con despliegues de ninguna clase, tal como lo expliqué antes.

JA: Volviendo a Unamuno, tengo entendido que alrededor de 1950, la Iglesia había puesto los libros de Unamuno en la lista de los condenados, y por tanto, prohibidos para los católicos, ¿no es así?

RV: Cierto, eran tiempos bajo la dictadura de Franco. Y era tal la censura, que Lisa, una hija de don Miguel, que era mi compañera en la Universidad, nos llevó un día a los estudiantes a ver el museo clandestino de su padre. Lo que más me impresionó en ese museo fue su pequeñísima recámara pintada de blanco, con un simple catre, una humilde mesita de noche con una *Biblia* y un crucifijo en la cabecera del catre; ¡una verdadera celda monacal! Si me permites, contaré una anécdota que pone en relieve hasta dónde llegó la reprobación de la Iglesia contra las obras de Unamuno y contra su persona... contra él, que vivió la fe en continua lucha por eliminar la duda y la presencia de la nada...

JA: Adelante, mujer, cuéntame.

RV: Era mi primer año de profesora de literatura española contemporánea en la University of St. Thomas, aquí, en Houston, cuando recibí una carta del joven sacerdote bibliotecario; este me llamaba la atención porque yo había recomendado a los alumnos, la mayoría seminaristas, hacer ciertas lecturas de don Miguel de Unamuno ¡de libros prohibidos y excomulgados por la Iglesia, los cuales mantenían bajo llave en la biblioteca! No tuve más remedio que escribir al señor Obispo pidiéndole permiso para que los alumnos míos pudieran leer esos libros.

JA: ¿Y qué me dices de tu personaje Pedro Almirante?

RV: ¡Ah!, ése vivió más bien el nihilismo nietzscheano con el lema de “Dios ha muerto”. En muchos aspectos él fue un poco mi hermano menor y su pretensión de creerse un superhombre, lo cual lo llevó a morir muy joven por culpa de las drogas.

JA: Dada tu disposición de rastrear los desasosiegos existenciales de la mujer, ¿te sientes escritora feminista?

RV: Una cosa es que mis temas se relacionen con diversos aspectos de la vida y experiencias de la mujer, y otra cosa es que yo me sienta identificada con el movimiento feminista. El hecho de que mis títulos y mis textos abarquen el tema femenino, ocurrió, primero, porque yo escribo solo de lo que conozco bien y ¿qué es lo que conozco mejor, sino la realidad y vicisitudes de la mujer?

JA: Pero tengo entendido que en tu trayectoria ocurrió algo que subrayó más esa temática.

RV: Sí, en efecto, en 1963, siendo una novata, yo sometí mi novela *Noche en vela* (entonces titulada *Prometeo*), al concurso Nadal de España; al día siguiente de otorgado el galardón, el crítico Vázquez Zamora publicó en *La Vanguardia* comentarios sobre las primeras cinco novelas que alcanzaron más votos, se refirió a mi *Prometeo*

así: “preciosa novela de grandes méritos, muy femenina”. ¡Rácata, así es como la marca a una el destino!, ¿y quién escapa de las garras del destino? Años después, cuando sometí mi segundo libro de cuentos, *Baraja de soledades*, a Arte Público Press, el editor, Dr. Kanellos, me comunicó que lo aprobaba con la condición de que le pusiera un título que tuviera que ver con la mujer, “porque todo lo que has escrito, se relaciona con el mundo femenino”, me dijo. Yo salí de ahí furiosa y con deseos de no publicar mi libro, pero de camino a mi casa, comencé a barajar títulos y di con *Mujeres y agonías*. Lo mismo ocurrió con *Mundo, demonio y mujer*, que yo había titulado *Debajo del manzano*, tomado de *El cantar de los cantares* bíblico.

JA: Volvamos a lo de si te consideras escritora feminista.

RV: Yo tengo mucho respeto por quienes integran ese movimiento porque han hecho mucho por la mujer y en el área de la teoría literaria. No obstante, hay ciertas cosas que no me convencen y por eso, prefiero dejar así este asunto.

JA: Gracias a una beca pudiste estudiar el idioma francés y su literatura en la Sorbona. Cuéntame un poco acerca de esa experiencia. Habrá sido maravilloso estar en un ambiente donde la mujer podía expresar libremente su ardor intelectual o su psiquismo humano ¿verdad?

RV: Aclaro que esta experiencia la viví antes de la de Salamanca, donde estudié también por una beca de la Alianza francesa. Bueno, para medio contestar tu pregunta, toma en cuenta que yo tenía 20 años y era la primera vez que salía de mi casa por una larga temporada; entonces, por mi juventud y porque había vivido en un país (Costa Rica) donde hasta entonces yo no había conocido o sospechado todavía la discriminación que abunda contra la mujer en nuestros países, no me fijé en eso tanto como en el choque cultural al ver cómo se besaban las parejas en los parques, cafés y lugares públicos, y en pleno día, lo cual no se veía para nada en mi terruño, y si se hubiese visto, habría sido un verdadero escándalo. También me llamó la atención la libertad que tenían los hombres para hacerles a las jovencitas propuestas de todo tipo, como si fuera lo más natural del mundo. Así, era muy difícil para mí concentrarme en otra cosa. Además, debido a mi beca, me asignaron a vivir en La Maison D’étudiants, en el Boulevard St. Michel, bajo la supervisión de una puritana estadounidense que vigilaba a las pupilas igual que en mi casa me vigilaba mi madre, de modo que el cambio para mí no fue tan obvio como yo esperaba y temía.

JA: Afirmas que en tu tierra no eras consciente de la discriminación contra la mujer. ¿En qué te basas para afirmarlo?

RV: En mi propia experiencia. Yo tenía solo diecinueve años cuando me nombraron secretaria de la recientemente fundada Contraloría General de la República, a raíz de la Revolución del 48, con la gran responsabilidad de mantenerme en continua relación oficial con seis inspectores de hacienda, todos hombres mayores que yo, los cuales siempre me respetaban y nunca me discriminaron ni por ser mujer, ni por mi edad, ni por ser soltera. Asimismo, en mi país abundaban y abundan las mujeres en puestos importantes, en el Congreso, en las universidades, en grandes empresas, etc. Abrieron brecha a principios del siglo pasado, Carmen Lyra, Emma Gamboa y otras intrépidas intelectuales.

JA: Volviendo a París: te hice la pregunta porque recuerdo haber leído que Marie de Heredia, hija de José María Heredia, nacida en Francia y renombrada poeta, (bajo el seudónimo de Gérard D'Houville) fue la primera mujer que logró ser elegida en la distinguida Académie Mallarmé (1937), reconocimiento hasta entonces vedado a la mujer.

RV: En efecto, el hecho de que Marie de Heredia, Madame Curie, George Sand, Colette, entre otras, se hayan distinguido en las letras y las ciencias, representaba la comprobación de que Francia continuaba rindiendo homenaje al talento y a la razón sin miras del género. Sin embargo, pese a ese culto a la razón de los franceses, fijémonos que tanto Marie, como George Sand tuvieron que ocultarse, la primera bajo el seudónimo de Gerard D'Houville y en el caso de George, quien hasta anduvo en hábito de hombre, solo se la conoce con ese apelativo, y muy pocos saben que se llamaba Aurore Dupin; haciendo mofa de eso, Víctor Hugo comentó que la revolución había despatarrado el mundo al lanzar a la escena política a dos de las más famosas mujeres, llamada una Lamartine y la otra, George Sand.

JA: ¿Qué me dices, de la posición que adoptó tu joven generación de estudiantes ante la discriminación de la mujer?

RV: Ese reconocimiento de Marie de Heredia es digno de admirar, porque ocurrió en una época falocentrista; empero, hay que tomar en cuenta que en los tiempos que viví en París, nuestra joven generación no tenía una conciencia tan hostigada como la tienen los jóvenes de este siglo, para salir a defender los derechos de la mujer, a la que se le ha venido discriminando durante siglos por una sociedad patriarcal y machista. Donde sí experimenté un choque cultural fuerte, fue aquí,

en los EE.UU., donde se hablaba de lo liberadas que están las mujeres, y no obstante, además de trabajar fuera del hogar para colaborar con su sueldo en los gastos de la familia, también en aquellos años, observé que la mujer tenía que hacer las mismas labores domésticas, de cuando ella se ocupaba solo de la casa, sin ayuda del marido; en esos trabajos no se le pagaba, y todavía no se le paga igual que a los hombres que hacen lo mismo y hasta se les trata como inferiores. El machismo al que le han puesto la marca de hispánico también persiste en este país.

JA: ¿Lo has padecido en carne propia?

RV: ¡Por supuesto! Una vez llegó por error a mis manos el presupuesto del personal de la Universidad cuando yo era directora del Departamento de Lenguas y aproveché para curiosear; me llevé la sorpresa de que otros directores hombres recibían a veces hasta el doble de sueldo y lo mismo hacían con las profesoras. Lo bueno es que cuando la Fundación Constantine dio un donativo sustancioso como reconocimiento para educadores de mérito en nuestra institución, fuimos escogidas dos mujeres y un hombre para recibir ese honor.

JA: Bueno, dejemos a un lado el tema de la discriminación de la mujer y pasemos a otro tema: cuando escribes poesía ¿la sientes como un relajamiento lírico de las tensiones existenciales que aboradas en tu narrativa, o es ése otro espacio literario que empleas para perpetuar las incertidumbres y zozobras del ser humano? ¿Lo recuerdas?

RV: Cuando comencé a escribir poemas yo no tenía clara conciencia de que estaba metiéndome en espacios ajenos a mi quehacer literario. Lo digo porque en estos días comprobé que la mayoría de mis poemas, sobre todo los de temprana época, eran auténticos estados de ánimo que había dejado escritos en prosa a lo largo de mis cinco diarios íntimos; así, para responder a tu pregunta, considero que mis poemas han sido momentos catárticos que me han ayudado a seguir adelante y a superar momentos difíciles en mi vida. Otro aspecto autobiográfico de mi escritura.

JA: Aprovecho esta oportunidad para decirte que las jóvenes escritoras del ILCH te agradecen el camino que les abriste. ¿Tienes algún mensaje para ellas?

RV: Esto que me dices es una magnífica noticia, pues para un escritor serio no hay nada mejor que haber hecho impacto con el ejemplo y con la obra, en la juventud de su tiempo, y más si son escritoras/es. Lo primero en lo que yo insisto con los neófitos, jóvenes o no, es que nunca se dejen llevar por las modas literarias ni por las

grandes ventas y que siempre escriban siguiendo sus intereses intelectuales y emocionales; las modas pasan y si su obra está hecha con alma, vida y corazón, no pasará. Fíjense en un texto como la “Coplas por la muerte de su padre”, de Jorge Manrique, un largo poema que por sí solo ha dado fama a su autor, o *El tránsito de fuego* de Eunice Odio... Lo malo, muchachas, es que en la literatura el reconocimiento y la fama vienen solo después de la muerte... y a veces después de muchísimo tiempo... ¡Paciencia, paciencia! Y ¡ánimo, muchachas!

JA: Tu obsesión por el mundo prehispánico es admirable ¿Qué te inclinó hacia ese mundo?

RV: Más que obsesión es una pasión que creció en mí cuando niña. Te cuento: fue mi padre, quien en la casa que recién había construido, hizo pintar unos frescos en un largo pasillo trasero, el cual abarcaba desde las recámaras de la servidumbre hasta el lavadero; al fondo, se veía nuestro enorme perro Huáscar (en la historia del Perú, Huáscar fue el hermano de Atahualpa, responsables ambos de la caída del Imperio Incaico). Seguía una impresionante escena azteca en la que aparecía en primer plano, en tamaño natural, Cuauhtémoc, el último emperador Azteca, ataviado con toda la parafernalia de los mandatarios aztecas; aparecía defendiendo a México-Tenochtitlán que ya agonizaba. El *Geographic Magazine*, que yo hojeaba, traía a menudo imágenes de esas culturas. Además, venían a nuestra puerta los huaqueros a vender toda clase de objetos indígenas que extraían de las huacas (tumbas de aborígenes prominentes). Me obsequiaron un día una ocarina (silbato) y comencé una colección de ocarinas de más de 50 piezas que obsequié al Museo de Ciencias Naturales de Houston. Y por último, me pidieron en el Departamento de Historia de la Universidad de Santo Tomás que diera una conferencia de dos horas y media sobre la mujer de la América Hispánica y entonces consideré importante indagar sobre el papel de la mujer indígena, a la que no se le puede negar su presencia en nuestra etnohistoria; de esa conferencia, precisamente, nació mi deseo de investigar más acerca de la participación de la mujer en nuestra realidad hispánica. En ese entonces quedé fascinada por los dos temas, el de los indígenas y el de la mujer en general. Aclaro: para que yo me dedique a cierto tema, este tiene que apasionarme.

JA: ¿Fue entonces que comenzaste a investigar en los códices y las crónicas?

RV: Sí, en efecto, pero por esos días me concentré en el estudio de la mujer durante la época colonial, como la pobladora, la guerrera

y soldadera, la cautiva y muchas otras. Las cautivas, que procedían más bien de las regiones del sur, bajo el poderío de los feroces araucanos, fueron el enlace para continuar investigando y escribiendo pequeños artículos que fue publicando *Áncora*, el suplemento literario de *La Nación* de Costa Rica. De la Colonia, eché marcha atrás, y seguí con las nativas. Cuando tenía recogido mucho material, me di cuenta de que había llegado el momento de reunir ese material en forma de libro, y así nació *La mujer azteca según los códices indígenas y las crónicas de la Conquista y la Colonia*, volumen de unas 500 páginas, que está por aparecer en la Editorial Penélope Academic Press de la Universidad de Puerto Rico. De la investigación para ese libro, nacieron los relatos de *Presagios y señales - Relatos del pasado azteca*, el cual se publicó en el 2011; pertenece al género de la ficción histórica.

JA: En tus propias palabras: ¿De qué trata *De Presagios y señales*? ¿Cuáles son los temas más destacados de esta obra?

RV: Los relatos contenidos en *De presagios y señales* se relacionan con historias que recogí de los códices indígenas y crónicas coloniales, desde los tiempos de los famosos toltecas, hasta la cristianización. Cada relato tiene un epígrafe tomado de esos textos y que reproduce en pocas palabras la veracidad de los hechos narrados en mi libro. Los personajes son Nezahualcōyotl, Moctezuma II, sus hijas, Papantzin y Chalchiuhnenetzin, Nezahualpilli, Malintzin o doña Marina, y Motolinia.

Los temas tratan de la inventiva y heroísmo de mujeres indígenas como Xóchitl y Malitzin; de la benignidad de duros mandatarios como Nezahualcōyotl; de la superstición reinante en aquel imperio; de la idolatría y los problemas que tuvieron los religiosos para desarraigarla entre los aborígenes; el énfasis que se puso en ese Imperio, para llevar la educación a todos los rincones de esa vasta geografía; los duros castigos a quienes iban contra la ley azteca; castigo al adulterio, crimen y lujuria (“Las estatuas de Chalchiuhnenetzin...”); los presagios que anunciaron la venida de invasores al reino (“Papatzin...”); el heroísmo de guerreros como el general tlaxcalteca Xicotécatl y otros como el soberano mexicano Cuauhtémoc; los “harenes” indígenas y muchos otros.

JA: Te conocí en 1982 a raíz del II Simposio Internacional de Literatura “Evaluación de la literatura femenina del Siglo XX”, organizado por el Instituto Literario y Cultural Hispánico con la colaboración de la Universidad de Costa Rica, la Universidad Nacional de Costa Rica, y el apoyo de la Embajada Argentina en ese país a cargo

del poeta argentino Rubén Vela. A este evento fue invitada la prestigiosa escritora Isabel Allende, para quien los profesores Gabriela Mora, Mario Rojas, Rose Minc y Teresa Méndez Faith, le organizaron una sesión especial dedicada a su primer libro *La casa de los espíritus*. La sesión fue un éxito. ¿Lo recuerdas?

RV: Claro que lo recuerdo. Lo que no recuerdo es que fuera en ese año. Tú me llamaste por teléfono con el fin de pedir mi opinión sobre la novela de Isabel Allende. Mi respuesta fue que solo sabía que ella acababa de sacar su primera novela, *La casa de los espíritus*, la cual todavía yo no había leído y por tanto, no podía emitir ningún juicio ni bueno ni malo al respecto. Te prometí conseguir el libro y darte mi opinión para decidir si se aceptaba la sesión dedicada a Isabel Allende. Tan pronto leí la novela, te llamé y como dicen por aquí, lo demás es historia: el ILCH en Costa Rica fue una de las primeras instituciones que dio a conocer el talento narrativo de la escritora chilena, reconocida hoy mundialmente.

JA: En el evento citado, en tu conferencia dedicada a Yolanda Oreamuno, dijiste algo interesante acerca de su obra: “No se puede negar lo meritoria que es la contribución de Yolanda Oreamuno a la narrativa actual de Latinoamérica y más meritoria aún si se considera que toda su obra fue producida durante la primera mitad del Siglo XX”. ¿Qué piensas, después de 21 años de esa evaluación que le hiciste?

RV: En vez de dar mi propia opinión, que podría estar tergiversada a mi favor, te digo que más de un crítico considera que por lo menos en Costa Rica Yolanda Oreamuno abrió una ancha brecha a los escritores de generaciones posteriores. Algunos cuentos de ella, por ejemplo, para aquellos tiempos, se colocan entre los mejores, ya en la línea de la Nueva Narrativa Latinoamericana, como “Valle alto”, “Don Juvencio”, “De su obscura familia” y sus tres cuentitos de animales. Es una pena que su talento no haya sido reconocido por Costa Rica hasta mucho después de muerta. Quiero aclarar aquí que quien tiene todo el mérito de haber puesto en Costa Rica en el lugar que Yolanda se merece, es Lilia Ramos y después vinimos Alfonso Chase y yo en apoyo a la valiosa labor hecha por esta gran amiga de Yolanda, que creyó y admiró su talento primero que nadie.

JA: ¿Podrías decirnos algo acerca de la evolución de la literatura femenina?

RV: La verdad es que no me atrevo a tocar ese tema, ya que la evolución de esta literatura ha sobrepasado los límites de mis lecturas pues he estado enfrascada en la producción de mi libro sobre las mujeres aztecas y a eso hay que agregar las limitaciones que me impone mi vista, que estoy perdiendo a pasos agigantados de modo que ya no puedo leer como en otros buenos tiempos. Tal vez con lo que más familiarizada estoy es con la crítica feminista, de la que he aprendido mucho.

JA: Después de una carrera excelente en el campo literario, ¿Cómo te sientes al haber sido recientemente integrada como miembro numerario de la Academia Norteamericana de la Lengua Española?

RV: La verdad es que para mí significó mucho cuando en el 2000 me integré a la ANLE como miembro correspondiente; entonces no podía ni creerlo, pues hay muchos que merecen esa distinción más que yo. Ahora, no sé por qué comencé a reaccionar solo unos días después de presentado el discurso. Lo cierto es que nunca, ni en los más locos sueños, me había podido imaginar ser parte de una institución a la que desde mis años de estudiante veía integrada por importantísimos señorones henchidos de sabiduría léxica, sintáctica y gramatical, y yo, pobre de mí, era y soy solo una escritora enamorada de la lengua española desde que en mis años de escuela primaria leí una versión infantil de *Don Quijote de la Mancha*. Si como correspondiente, representó mucho ese nombramiento, imagínate cuánto ha representado para mí en estos días, sobre todo al escuchar el generoso discurso de apertura del acto por el Dr. Gerardo Piña-Rosales, director de la ANLE y después, la respuesta a mi discurso, del Dr. Carlos E. Paldao, vicepresidente de la Delegación de Washington. Y lo más significativo, cuando en Facebook comencé a recibir felicitaciones de amigos y del público en general, con las que me abrieron los ojos, pues consideraban esto más que un reconocimiento mío personal, como un honor a mi Costa Rica; entonces comprendí el verdadero sentido honorífico de ese privilegio... ¿qué más podía pedir yo, que a estas alturas de mi vida y casi al final de mi jornada, yo haya podido aportar algo bueno a mi país?

JA: Quiero hacer notar que el ILCH consideró importante que en mérito a tu trabajo, responsabilidad y colaboración, formarás parte de la Comisión Directiva y fuiste asignada al área de Arte y Cultura como así también se te incorporó como miembro del Consejo Editorial. Nos gustaría saber tu opinión acerca de la obra realizada por el Instituto.



Rima de Vallbona recibe del Director de la ANLE su diploma de miembro numerario
© Jorge I. Covarrubias

RV: Yo creo que los muchos años de intensa labor en simposios internacionales, publicación de *Alba de América* y las otras colecciones de estudios, hablan por sí solos de la ingente labor que ha realizado el Instituto Literario y Cultural Hispánico. Lo que yo diga, está de más. La verdad es que pocas instituciones y revistas en estos tiempos, sin ayuda básica financiera oficial, permanecen en pie tanto como ha permanecido el ILCH.

JA: Finalmente, en el ILCH, como tú lo sabes, seguimos luchando por nuestro objetivo principal “lograr la unión del mundo hispánico a través de sus letras y su cultura”. ¿Crees que este objetivo sigue siendo un sueño o piensas que ha comenzado a hacerse realidad?

RV: Se trata de un sueño muy grande y casi imposible, porque vivimos en un mundo de ideas, creencias, costumbres e ideologías tan diversas, que todo esfuerzo se queda en eso, en un esfuerzo sin logros completos. Pero ¿qué sería de nuestra vida si no soñamos y nos hacemos la ilusión de que vamos logrando nuestros sueños? Ya ves, Juanita, cuando Martin Luther King dijo aquello de “Yo tengo un sueño...” (“I have a dream...”) nadie imaginó que en poco tiempo íbamos a tener un presidente negro en los Estados Unidos de América... ¿Quién quita que tu sueño ya se esté haciendo realidad y no lo hemos percibido? He dicho.